

ñola, quemada la vicecapitana, y otro de los vasos principales echado tambien á fondo, de suerte que de los buques ya no podiamos recibir gran daño.

Mas es de saberse que toda la artillería de la isla estaba en poder de los españoles, y nos hacian tal daño con ella, que cortaron todos los mástiles y aparejos del «Jesus» tan malamente, que ya no quedaba esperanza de salvarle. Viendo eso, determinamos poner el «Jesus» al otro lado del «Minion» para que resistiera toda la batería de tierra, sirviéndole de resguardo hasta la noche, y sacar entónces del «Jesus» los víveres y demas cosas á que alcanzara el tiempo, para abandonarle en seguida. Determinado así, y resguardado el «Minion» del fuego de tierra, repentinamente incendiaron los españoles dos grandes barcos que venian en derechura á nosotros, y como no hallábamos modo de evitar aquel incendio, causó un terror pánico en los nuestros: unos decian, «vámonos con el «Minion», y otros, «veamos si el viento se lleva el fuego por otra parte.» En resumen, como los del «Minion» tenian las velas listas, las largaron sin licencia de capitán ni de maestro, atendiendo solamente á ponerse en salvo, y apenas tuvieron tiempo de recogerme á bordo.

La mayor parte de los que quedaron vivos en el «Jesus» se metieron en un pequeño bote y siguieron al «Minion»; los demas que no cupieron en el bote tuvieron que rendirse á merced de los españoles (que juzgo no usarian mucha con ellos), de manera que escapamos con solo el «Minion» y el «Judith», pequeña barca de cincuenta toneladas, la cual desapareció aquella misma noche, dejándonos abandonados á nuestra triste suerte. A la mañana siguiente ganamos una isla á una milla de los españoles, donde nos cogió un vien-

to norte; y no teniendo mas que dos cables y dos anclas, porque en el combate habiamos perdido tres cables y dos anclas, no pensábamos mas que en la muerte que teniamos continuamente ante los ojos; pero quiso Dios librarnos otra vez.

Calmó algo el temporal, y el sábado dimos á la vela. Como la gente era mucha y los víveres pocos, la esperanza de salvarnos era menor cada dia. Unos querian entregarse á los españoles; otros preferian buscar un lugar donde entregarse á los infieles, y algunos se resolvian á aguardar la merced de Dios en el mar, reducidos á una miserable racion. Con el corazon consternado anduvimos vagando así catorce dias en mares desconocidos, hasta que el hambre nos obligó á buscar la tierra, porque ya los cueros se consideraban como un manjar excelente; gatos, ratones, ratas y perros, ninguno escapó de cuantos pudieron ser habidos; loros y monos, que eran tenidos por de gran precio, parecian ahora mucho mas estimables, si á su vez llenaban el hueco de una comida. Por fin, el 8 de Octubre tomamos tierra en lo mas interior del mismo golfo de México, en 23½ grados, esperando encontrar allí poblacion de españoles, socorro de víveres y lugar en que reparar nuestro buque, pues se hallaba tan maltratado por el fuego de los enemigos, y tan desquiciado por los disparos de nuestra propia artillería, que nuestros débiles y cansados brazos no alcanzaban á impedir que se llenase de agua. Pero sucedió todo lo contrario, porque no encontramos ni gente, ni víveres, ni fondeadero, sino un lugar en que con buen tiempo podiamos, no sin riesgo, enviar un bote á tierra; porque la gente, acosada por el hambre, queria desembarcar, y yo consentí en ello.

Puse en un lado á los que querian desembarcar, y en el otro los que preferian

seguir el viaje de vuelta, quedando divididos en dos partes casi iguales, de unos cien hombres cada una. A los primeros pusimos con toda diligencia en tierra en el sitio ya referido, y luego que estuvieron desembarcados, resolvimos hacer aguada y salir á la mar con nuestro corto resto de víveres. La mañana siguiente, hallándose en tierra cincuenta de mis cien hombres dando prisa á la aguada, se levantó una tormenta tan fuerte, que en tres dias no pudieron volver al buque: este se vió tambien en gran peligro, y á cada momento creiamos naufragar.

Pero Dios tuvo otra vez misericordia de nosotros, y nos mandó buen tiempo. Trajimos á bordo el agua, y partimos el 16 de Octubre, desde cuyo dia tuvimos tiempo sereno y favorable hasta el 16 de Noviembre, en que gracias á Dios, salimos de las costas de las Indias, y fuera del canal y golfo de Bahama, que está entre el cabo de la Florida y las islas Lucayas. Conforme nos acercábamos á países mas frios, nuestros hombres, agobiados por el hambre, morian continuamente, y los que quedaban estaban tan débiles, que apenas podian maniobrar el buque. Como el viento era siempre contrario para ir á Inglaterra,

nos resolvimos á arribar á Galicia, en España, con objeto de remediar el hambre de la tripulacion, y otras urgentes necesidades. Llegados el dia último de Diciembre á un lugar cerca de Vigo, llamado Pontevedra, comieron los nuestros tantos víveres frescos, que contrajeron lastimosas enfermedades, y la mayor parte murieron. Esto se ocultó todo lo posible; pero al cabo, aunque á ninguno de los nuestros se permitió ir á tierra, por la comunicacion con los españoles, conocieron estos nuestra flaqueza. No por eso dejaron de buscar todos los medios de hacernos traicion; pero lo mas pronto posible nos fuimos para Vigo, donde recibimos algun auxilio de ciertos buques ingleses, y doce hombres de refresco, con lo cual remediamos nuestras necesidades como mejor pudimos, y saliendo el 20 de Enero de 1568, llegamos el 25 á Mountsbay en Cornuallis: sea Dios por ello bendito.

Si hubieran de referirse por menor todos los trabajos y contratiempos de este lamentable viaje, se necesitaria la pluma de un escritor laborioso, y tanto tiempo como el que tenia el que escribió la vida y muerte de los mártires.

JUAN HAWKINS.

Algunas noticias de Sir John Hawkins y de sus viajes.

Sir John Hawkins nació en Plymouth hácia 1520, y desde muy jóven hizo varios viajes á España, Portugal y las Islas Canarias. Las noticias que recogió en aquellos países, y las que le comunicó su padre, que era tambien marino distinguido y muy estimado de Enrique VIII, le sugirieron la idea de dedicarse al comercio de negros, tomándolos en la costa de Africa para ir á venderlos en las posesiones espa-

ñolas de América. Este tráfico, visto hoy con tan justo horror, no se tenia entónces por deshonesto. Con tal objeto hizo Hawkins tres viajes, siendo el primero en 1562. Llevó tres buques, tomó trescientos negros en la costa de Guinea, y los vendió tan ventajosamente en la isla Española, que con las mercancías obtenidas en cambio, no solo cargó sus tres buques, sino tambien dos urcas que fletó. En 1564 y 1565

hizo el segundo viaje, mas largo y azaroso que el primero. Salió de Plymouth con cuatro buques, arribó por mal tiempo al Ferrol, y fué á hacer la escala de costumbre en las Canarias, encaminándose luego á la costa de Africa. Parte por fuerza, parte por astucia, hizo allí su provision de negros, con la cual recorrió las Antillas, Cumaná, Santa Fé y rio de la Hacha. Como estaba estrictamente prohibido en las colonias españolas todo comercio con extranjeros, encontraba Hawkins donde quiera grandes dificultades para su contratacion; mas de grado ó por fuerza, pública ó ocultamente, lograba casi siempre establecerla. Dió la vuelta á Cuba, de allí fué á la Florida, volvió á la Habana, y nuevamente á la Florida, donde socorrió con víveres á los franceses, que estaban allí con Mr. de Laudonnière. De la Florida regresó á Inglaterra, adonde llegó en Setiembre de 1565, con pérdida de veinte hombres.

La fortuna, que tanto favoreció á Hawkins en el primer viaje, le iba abandonando en los siguientes. El tercero, verdaderamente desastroso para él, fué el de 1567 y 1568, cuya relacion ha visto el lector, hecha por Miles Philips, por Job Hortop, y por el comandante mismo. Dícese que para colmo de males, no pudo obtener Hawkins que Drake le devolviera ni una pequeña parte del oro que se habia llevado cuando se separaron poco despues del desastre de Veracruz. Tan mal suceso resfrió mucho la aficion de Hawkins á las aventuras; pero lo mas notable es que cuando los españoles acababan de tratarle tan duramente en las Indias, ofreciera sus servicios al rey de España Felipe II, y fueran aceptados. A lo ménos así lo dice el historiador inglés Lingard, con estas palabras: «Despues de esto (el viaje de 1567

« y 1568) invadió todavia Hawkins dos veces las colonias españolas, y ya de vuelta, « envió á Madrid á su amigo Jorge Fitz « Williams para ofrecer sus servicios al « rey de España. Dudábase de su buena « fé; pero ofrecia rehenes, y el 10 de Agosto de 1571 se hizo un arreglo que el duque de Feria firmó por una parte, y el « enviado por la otra. Se estipuló que con « objeto de restablecer la antigua religion, « poner término á la tiranía de Isabel y favorecer los derechos de María Stuart al « trono, Hawkins traeria al servicio de España 16 buques, cuyos nombres se expresan, con 420 cañones y 1586 hombres; « que el rey Felipe concederia á Hawkins y á los suyos perdon general de los « pasados delitos, y le pagaria 16,987 ducados cada mes para los gastos de la armada. No fué posible mantener tan secreto este singular convenio, que no se « trasluciese algo. Hawkins fué llamado é « interrogado por orden del consejo; pero « se justificó de tal modo, que los lores que « daron ó fingieron quedar satisfechos, y « le hicieron entrar al servicio de la reina.»

Completa debió ser la justificacion de Hawkins en asunto tan grave (aunque el caso parece increíble), puesto que lejos de producirle consecuencias desagradables, ó á lo ménos el desvío de la reina, hallamos que esta le nombró tesorero de la marina, y que se le consultaba en todos los negocios importantes. Y aun mas, porque en 1588 fué nombrado contralmirante, y se le dió el navío «Victoria» para pelear contra la «Armada Invencible» de aquel mismo monarca español á cuyo servicio habia pretendido entrar. El valor y habilidad que mostró Hawkins le granjearon elogios de la reina Isabel, el título de caballero, y ascenso en su carrera de marino.

Si es cierto que su antiguo amigo Drake

le despojó del oro recogido en su tercera expedicion, el tiempo borraría sin duda el disgusto que debió causar á Hawkins semejante proceder, pues en 1595 propuso, de concierto con aquel famoso corsario, una nueva expedicion contra las colonias españolas de América. El éxito de ella no fué favorable, lo cual dió motivo á que Hawkins muriese de pesadumbre, segun quieren decir algunos; aunque otros, al parecer con mas fundamento, cuentan que en el ataque de Puerto Rico fué muerto por una bala de cañon el 22 de Noviembre de 1595. Habia tenido la honra de representar en el parlamento á su ciudad natal Plymouth, y fundó en Chatham un hospital para marineros viejos ó inválidos.

No hallo en los escritores españoles ninguna relacion pormenorizada de la tercera expedicion de Hawkins, dando lugar con esta falta á que no sea posible vindicar á las autoridades españolas del feo cargo de traicion que les hacen Miles Philips, Job Hortop, y el propio Hawkins, en las relaciones que acabamos de ver. Torquemada, hablando del gobierno de D. Martin Enriquez, se contenta con decir: «Llegó al puerto de San Juan de Ulúa, donde « tuvo *dares y tomars* con un inglés llamado Juan de Acle.» Betancourt refiere dos veces el hecho. La primera dice así: «El año de 568, á 15 de Setiembre, « entró Juan Aquines, inglés, con diez navíos, en el puerto de San Juan de Ulúa, « y se apoderó de la isla, á tiempo que llegó la flota en catorce navíos, en que vino el señor virey D. Martin Enriquez, « que los apresó, siendo general de la flota Francisco Lujan, y trujeron doscientos prisioneros á la cantera de Santa

« Marta, donde trabajaron sacando piedra « para México.» Y mas adelante se expresa en estos términos: «El año de 568 « llegó D. Martin Enriquez por virey, y « hallando á Juan Aquines Acle apoderado de la isla de San Juan de Ulúa, « que habia entrado á 15 de Setiembre, lo « desbarató y echó de la isla con trece navíos de la flota del cargo de D. Francisco Lujan.»

Ni Torquemada ni Betancourt sospechaban que en tal hecho pudiera haber cargo de traicion, mucho mas tratándose de hereges y piratas, á quienes no se debia fé; pero los ingleses y otros extranjeros no dejaron pasar la ocasion de acusar á los españoles, de modo que Barcia hubo ya de defender á sus compatriotas contra el protestante frances Larrey, autor de una *Historia de Inglaterra* poco estimada. Dice, pues, Barcia: «Con la vaga noticia que se « esparció en Francia é Inglaterra de la « destruccion de los españoles en la Florida, volvieron los corsarios á infestar las costas de las islas y tierra firme, y algunos con tanto poder, que como si tuvieron patente del rey para negociar géneros prohibidos, se entraban en los puertos, como lo hizo Juan de Hawkins, inglés, que se metió en el puerto de San Juan de Ulúa, con cinco navíos cargados de mercaderías y negros; pero al día siguiente llegó la flota que iba de Espa-

1 *Tratado de la ciudad de México*, cap. 2.

2 El Aquines ya se entiende que es una disparatada corrupcion de *Hawkins*; pero confieso que no acierto á encontrar el origen del *Acle*.

3 *Ensayo Cronológico para la Historia general de la Florida*, publicado bajo el seudónimo de D. Gabriel de Cardenas Z. Cano (Madrid, 1723), fol. 138.

4 *An unsatisfactory performance*, la llama el inglés Lowndes en su *Bibliographer's Manual of English Literature*.

1 *Monarquía Indiana*, lib. V, cap. 21.

2 *Teatro Mexicano*, parte 4ª, pág. 77.

«ña, y sin que se pudiesen valer los ingleses, los embistió y tomó tres navíos de mercaderías, escapando los dos con gran trabajo: lo cual arguyen de traición algunos hereges, suponiendo que entre Carlos V y Enrique VIII había antigua capitulación de comercio libre, y que la flota dió palabra de no hacer mal á los ingleses y la quebrantó, tomando sobre seguro aquellos navíos; lo cual pondera tan agria como neciamente el impío Larrey, inventando falsamente, para dar nombre tan injusto á esta accion, el tratado y la palabra.»

El P. jesuita Alegre, que escribía ántes de 1767 su *Historia de la Compañía de Jesus en Nueva-España*, dice á este propósito lo siguiente: ¹ «Por los años de 1568 el pirata Juan Jaween, habiendo entrado en este puerto (Ulúa), causó bastante cuidado por no haber en él fuerzas suficientes á resistirlé. Al dia siguiente, 15 de Setiembre, llegó con trece navíos de flota el Exmo. Sr. D. Martin Enriquez, que tuvo el honor de señalar los principios de su gobierno con la expulsion de aquellos famosos corsarios.» Otro jesuita, el P. Cavo, en sus *Tres siglos de México*, refiere que D. Martin Enriquez llegó por Octubre á Veracruz, y «avisado de tener los ingleses al comando de Juan de Acle, ocupada desde 15 de Setiembre la isla de Sacrificios, que está en frente del castillo de San Juan de Ulúa, hizo juntar las guarniciones de la ciudad, fortaleza y de la flota en que vino, que consistaba de trece navíos: con estas fuerzas, dirigidas á lo que se cree, por el general de aquella flota, Francisco Lujan, acometieron á los enemigos, que obligaron á evacuar la isla.» Hay en esta relacion

¹ Lib. II, pág. 150.

varios errores, como decir que el virey llegó por Octubre á Veracruz; que los ingleses se habian establecido en la isla de Sacrificios, y que el virey tomó la guarnicion de la fortaleza, que aun no existía, y se construyó precisamente á consecuencia de este lance, para evitar otros parecidos.

El laborioso compilador D. Diego Panes ¹ cayó también en el error de suponer ya construida entónces la fortaleza, y eso que por haber sido subteniente de artillería en Veracruz, y vivido allí mucho tiempo, debia creérsele mejor instruido en su historia. «Luego que este virey (Enriquez) entró á gobernar, dice Panes, dispuso que se estableciesen algunos presidios, y que se fundase la villa de San Felipe en las minas de San Luis Potosí, sujetando las bárbaras naciones de indios mecos. De allí á poco arrojó á Juan Aquines, inglés, que se habia apoderado del castillo de San Juan de Ulúa.»

Entre los modernos, quien nos da noticias mas extensas es D. Miguel Lerdo de Tejada en sus *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz*. ² «El dia 14 de Setiembre de 1568 se apoderó del islote de Sacrificios un pirata á quien algunos historiadores dan el nombre de Juan Jaween, y otros el de Juan Aquines Acle, ³ dominando en seguida la antigua villa de Veracruz, para lo cual no encontró resistencia alguna, por no haber allí fuerzas suficientes para defenderla. Este acontecimiento, que puso á aquel vecindario á merced de tan inespere-

¹ *Cronología de los Vireyes de México*, MS.

² Cap. V.

³ Es cosa notable que el autor ignorara que con esos nombres desfigurados se designaba al célebre Hawkins, y también lo es que no diga palabra del combate con la flota española.

«rado huésped, no fué de larga duracion, pues al dia siguiente se presentó á la entrada del puerto una escuadra de trece velas que conducía al virey D. Martin Enriquez de Almansa, y esto bastó para que abandonaran precipitadamente aquel punto. Sin embargo, á pesar del poco tiempo que permaneció allí aquel pirata, parece que supo aprovecharlo, exigiendo fuertes tributos á sus habitantes, y aun saqueando las principales casas de comercio que entónces existían, pues consta que algunos años despues fueron devueltos á la villa, por orden del rey los valores que aquel tomó.» Ignoro de dónde hubo el autor estos pormenores, en que sospecho puede haber alguna equivocacion, pues Hawkins no tuvo tiempo ni se hallaba en estado de saquear la ciudad: acaso la orden de devolucion se refiere á otro suceso, y sea como fuere, es bien extraño que el gobierno tomase sobre sí el resarcimiento del daño causado por un pirata, admitiendo una responsabilidad que solo podria venirle indirectamente por la falta de proteccion á sus súbditos. Un gobierno que tomaba los cuidados de particulares, que llegaban á España en las flotas, pagándolos con juramentos con bonos, como diríamos hoy, no es creíble que fuera tan escrupuloso.

Réstanos, para formar mejor juicio en el caso, escuchar el testimonio de dos historiadores modernos, inglés el uno y español el otro. Lingard, en su *Historia de Inglaterra* ya citada, refiere de este modo las expediciones de Hawkins: «El célebre Sir John Hawkins se habia dado ya á conocer por haber comenzado el comercio de esclavos. Hizo tres viajes (1562, 64 y 67) á la costa de Africa, donde á cambio de objetos de muy poco valor obtuvo un número considerable de negros; atravesó el Atlántico hasta la isla Española y de-

«mas colonias españolas de América, y por precio de sus esclavos trajo una gran cantidad de cueros, azúcar, gengibre y perlas. Mas este comercio era ilícito, y en su tercer viaje fué sorprendido en la bahía de San Juan de Ulúa por el virey español que llegaba de Europa con una flota de doce velas. Las dos escuadras se vieron con inquietud y desconfianza: una tregua precaria acabó en un combate general; y por último, aunque los españoles sufrieron grave daño, Hawkins perdió su flota, sus tesoros y la mayor parte de sus compañeros. De seis buques que llevaba, solo dos escaparon, y de estos se hundió uno en el mar: el otro, de cincuenta toneladas, llamado el "Judith," y mandado por Francisco Drake, trajo á Europa el resto de los aventureros. El lector quedará sin duda admirado cuando sepa que los dos buques mayores de los seis que hacían este inhumano tráfico, pertenecían á la reina..... Drake atribuía el desastre á la perfidia del virey, y tenía sed de venganza. Consultó con un capellan de la marina, y el ilustrado casuista le resolvió que la pérdida que le habia ocasionado un gefe español, podia justamente resarcirla despojando á los súbditos españoles en cualquier parte del mundo.» Sigue refiriendo el autor las expediciones de Drake, y agrega: «Cuando Felipe II se quejó de tales depredaciones, se trató de justificarlas magistralmente, alegando que él habia ayudado en secreto á los enemigos de la reina..... Pero si ha de admitirse la excusa de las represalias, conviene investigar quién fué el primer agresor, y la imparcialidad nos obliga á echar la culpa á la conducta inexcusable de los aventureros ingleses.»

De la *Historia de la Marina Real Es-*